

R y M Investigadores

Ramón Díaz Eterovic



Lectulandia

Roldán y su hermana Mercedes son dos niños audaces y dispuestos a vivir muchas aventuras.

La curiosidad los lleva a entrar en la oficina del detective Heredia y enterarse del secuestro de la mascota regalona de una anciana.

Para ayudar a la mujer, los dos hermanos deben asumir los peligros de un verdadero detective y recorrer las calles de Santiago en busca del secuestrador. La pesquisa los lleva a trabajar en equipo y a conocer los secretos del oficio detectivesco.

Esta atractiva novela recrea la primera pesquisa de la Agencia de Detectives «R y M Investigadores».

Lectulandia

Ramón Díaz Eterovic

R y M Investigadores

ePub r1.0

Titivillus 23.02.2017

Título original: *R y M Investigadores*
Ramón Díaz Eterovic, 2002
Ilustraciones: Pez
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Ángeles, Alonso y Valentina

Un vecino especial

Capítulo I

No parece un detective. Esa fue la primera impresión de Roldán cuando su madre le señaló a un hombre que esperaba junto a la puerta del edificio. Debía tener la edad de su padre, aunque se veía más alto y atlético. Vestía pantalones y chaqueta de cotelé negro, camisa azul y una descolorida corbata gris. Hacía tiempo que el niño deseaba conocerlo, pues su mamá le había dicho que arrestó a un ladrón de departamentos en el edificio donde vivían. Su puerta estaba en el mismo piso y tenía una placa con la leyenda: *Heredia, Detective Privado*. Roldán pensó en las aventuras del Inspector Maigret que le leía su padre cuando aún vivían juntos.

Roldán tiene once años y usa lentes desde los siete. Detesta las matemáticas y prefiere estudiar sus libros de historia o leer los cuentos recomendados por su profesora de Castellano. Quiere ser periodista, redactar crónicas policíacas y recorrer el mundo. Le divierte mirar a los vecinos que conversan en las esquinas y escuchar a los vendedores de su barrio. Otra de sus entretenciones consiste en visitar a don Mateo, un señor de cabellos grises que administra una tienda de mascotas, porque el anciano lo deja jugar con sus animales.

Vigiló su departamento durante varios domingos, esperando conocer al héroe del edificio en persona. Al principio no tuvo suerte. Su vecino era un hombre reservado. Semanas más tarde, mientras salían a visitar a unos tíos, su madre lo indicó por primera vez. Pasaron frente al detective, y cuando Roldán quiso observarlo con mayor atención, su madre lo tomó de una mano y lo hizo caminar más deprisa. Al mirar hacia atrás notó que el detective le sonreía.

Su primera aventura con el detective fue gracias a una señora que gritaba en la calle. Era una tarde lluviosa. Roldán se encontraba en el balcón, aburrido. No podía salir a jugar al parque ni tenía ganas de ver su programa favorito. Desde la cocina llegaba el aroma de las galletas horneadas por su madre y a falta de otro entretenimiento, miraba a la gente esquivar las pozas en las veredas.

Esa tarde, la calle estaba menos animada que de costumbre. Sólo había logrado contar el paso de ocho autos amarillos, un carro de bomberos y tres ambulancias. Repentinamente escuchó los primeros gritos. Al principio pensó que se trataba de un loco, pero luego vio salir del supermercado a una anciana gritando.

—¡AUXILIO, SOCORRO!

Una multitud rodeó a la señora. Mientras algunas personas intentaban calmarla, la mayoría se limitó a observar.

Roldán tomó el chaquetón azul y la bufanda que usaba para ir al colegio, y con pasos sigilosos se acercó hasta donde su hermana Mercedes leía las aventuras de *Tom Sawyer Detective*.

—Si la mamá pregunta, dile que fui a comprar.

—¿Qué vas a hacer?

—Algo pasó en la calle.

—¡Voy contigo!

—Mejor sigue leyendo, estás muy entretenida y no es bueno que te moje la lluvia

—agregó Roldán y sin dar tiempo a sus protestas, caminó hacia la salida.

Cuando llegó al supermercado, habían disminuido los curiosos. La mujer se retorció las manos, hablando sin cesar, como si de ello dependiera el resto de su vida. Roldán se abrió paso entre un hombre de anteojos gruesos y una señora cargada de bolsas.



—¿Qué hago? —sollozó la mujer y antes de obtener respuesta, insistió—. ¿Dónde está Bonifacio?

—¿Qué pasó? —preguntó Roldán a otro niño que comía unas papas fritas.

—A la viejita le robaron la cartera.

—¡Nada de eso! —replicó la mujer de las bolsas—: Perdió a su nieto Bonifacio.

A los niños siempre hay que tenerlos bien agarrados de las orejas.

—Si no se calma le va a dar un desmayo —opinó el señor de anteojos.

—Extravió a su n-i-e-t-o —insistió la mujer—. Alguien debería ayudarla.

—Pobre Bonifacio. ¿Sabrá Dios dónde está? —se lamentó la anciana y ya no dijo nada más, porque en ese mismo instante, alguien la tomó del brazo y la hizo entrar al supermercado.

—¿Y quién diablos es Bonifacio? —Roldán volvió a preguntar al niño de las papas fritas. Este se encogió de hombros y se alejó masticando con la boca llena.

—Mucho escándalo y por nada —sentenció el hombre de los anteojos y como si alguien acabara de pisarle un juanete, se puso a caminar hacia una esquina.

Roldán perdió la paciencia.

—¿QUIÉN ES BONIFACIO? —gritó, pero nadie le hizo caso. La respuesta sólo llegó días después, en la oficina de su vecino.

Capítulo II

Ese día, él se encontraba en la puerta del edificio cuando llegó el cartero trayendo correspondencia para el detective. Se ofreció para entregar las cartas. El cartero accedió y Roldán no perdió un segundo. Corrió hacia el ascensor, y en menos de lo que canta un gallo, se encontró golpeando la puerta del detective.

—¡Pase! —escuchó decir.

La habitación olía a polvo y humedad. Sus paredes estaban tapizadas con estantes repletos de libros y algunos afiches de películas antiguas. El detective estaba sentado frente a un escritorio metálico de color verde.

Roldán pensó que era similar al de la oficina de su padre. Tenía un gato blanco sobre las piernas. Parecía no estar haciendo nada, salvo mirar por la ventana.

—Le traigo esta carta. El cartero andaba algo apurado y yo me ofrecí para traérsela.



—¿No eres algo pequeño para andar repartiendo correspondencia?

—El cartero es mi amigo y a veces, cuando está cansado o con mucho trabajo, lo ayudo con las cartas. Es entretenido y, gracias a eso, he podido conocer a casi todas las personas del edificio.

—¿En cuál departamento vives?

—Somos vecinos. Vivo en el departamento de al lado, con mi mamá y mi hermana Mercedes.

—¿Cómo te llamas?

—Roldán.

—¡Es un nombre de héroe!

—Su gato se ve triste —comentó Roldán, sin saber qué responder.

—Al parecer, comió algo que le hizo mal —dijo el detective. Y luego, mientras alzaba al gato, agregó: —Simenon es un gato flojo y de mal genio, pero aún así lo quiero.

—A veces, cuando me voy al colegio, lo veo rondar por el ascensor.

—Por las mañanas sale a recorrer los techos del vecindario. Da un par de vueltas y regresa de buen humor.

—Debería llevarlo a un veterinario. En el cuarto piso atiende el señor González.

—No es necesario. Tiene siete vidas como todo los gatos.

Roldán no supo qué más decir. Retrocedió unos pasos, mirando los libros que brotaban de las paredes en completo desorden.

—¿Te gusta leer? —observó el detective—. Tengo muchos relatos de aventuras, novelas policiacas y libros de poemas. Cuando quieras, puedes venir a leer.

—Gracias, no creo que mi mamá lo permita. A ella no le gusta que hable con extraños.

—A veces, por prejuicios, perdemos la posibilidad de hacer nuevos amigos. Si yo no estoy, empuja la puerta y podrás entrar. Y otra cosa, no me trates de usted.

Capítulo III

Al día siguiente, Roldán no hizo otra cosa que pensar en el detective. Quería ser como él y perseguir maleantes por el barrio. Lo imaginaba fumando una enorme pipa, como Sherlock Holmes. En la clase de matemáticas lo regañaron dos veces por estar distraído. Quería ver de nuevo a su vecino, y aunque fingió un resfrío para escaparse, su profesor de gimnasia igual lo hizo trotar junto a sus compañeros. Debió resignarse a llegar a su hogar, y por la tarde, apenas terminó su tarea de geografía, se fue en dirección al departamento de Heredia. Golpeó un par de veces a la puerta, pero nadie salió a recibirlo. Cuando estaba a punto de devolverse, recordó las palabras del detective. Suavemente, empujó la puerta.

—¡Heredia! ¡Heredia! —dijo en voz alta. No obtuvo respuesta.

Entró a la oficina. Volvió a llamar al detective. Escuchó un maullido y Simenon apareció. El gato pasó por su lado, lo olfateó e indiferente, brincó sobre el escritorio de su amo.

—Heredia no se enojará si reviso su biblioteca —le habló al gato. Simenon movió la cola.

Roldán se acercó a uno de los estantes con libros. Fue su primer error. El segundo, lo cometió media hora más tarde, cuando tomó un ejemplar de *Sandokan* y se puso a leer. Las aventuras del Tigre de la Malasia y de su fiel amigo Yañez atraparon su atención. No escuchó la puerta abrirse. Un golpe en el suelo lo apartó de la lectura. Reconoció con sorpresa a la anciana del supermercado. La mujer inspeccionó el aspecto de la oficina y luego, siempre apoyada en su bastón, avanzó hasta sentarse frente a Roldán.

—¿Esta es la oficina del detective Heredia? —preguntó la mujer, con voz de abuela gruñona.

Roldán quedó paralizado. La mujer abrió una enorme bolsa de género y comenzó una desordenada búsqueda en su interior.

—¡Mis anteojos! ¿Dónde están mis anteojos? Sin ellos no veo ni la punta de mi nariz.

—Yo, yo... No lo sé —balbuceó Roldán y dedujo que la mujer no lograba reconocer su condición de niño.

—¿Qué es lo que usted no sabe? —interpeló la anciana—: ¿Es ésta o no la oficina del detective?

—Ignoro dónde están sus anteojos, señora.

—¿Mis anteojos? ¿Quién le consultó por mis anteojos?

—Bueno, yo pensé...

—No quiero que usted piense, necesito que rescate a Bonifacio.

—Bonifacio —murmuró Roldán, resignado a seguir escuchando a la anciana.

—¡Mi pequeño e indefenso Boni!

—¿Es su hijo? —consultó Roldán.

—A mis años, ¿cómo se le ocurre?

—¿Su esposo, su nieto, algún hermano?

—Bonifacio es un hermoso perro de pelaje café y ojos risueños. Lo dejé a la entrada del supermercado y al salir de mis compras no estaba. No lo he vuelto a ver más. Usted ni se imagina todas las cosas que he hecho para encontrarlo. He revisado cada rincón del barrio, fui a la policía y a un programa de televisión donde ayudan a la gente. Nada, no conseguí nada.

—Quiero aclararle que el detective Heredia...

—Déjeme terminar con mi historia —protestó la mujer.

—Sí, pero...

—Pero nada. Recién hoy tuve noticias de Bonifacio.

Roldán sintió lástima. La anciana hacía esfuerzos por no llorar.

—Bonifacio fue secuestrado y piden una recompensa por su devolución —agregó la anciana. Enseguida dejó una hoja de papel encima del escritorio.

La carra estaba escrita con grandes letras de imprenta y decía:

Tengo a su perro. Si quiere verlo con vida deberá pagar un rescate. Le haré llegar más noticias. No llame a la policía ni se lo cuente a nadie.

—¿Puede encontrar a Bonifacio? —preguntó la anciana, en voz baja—. El pobre fue raptado en el supermercado Flamengo.

—Lo conozco, es el más grande del barrio.

—A la entrada del supermercado existe un panel donde los clientes colocan mensajes. Arriendos de casas, servicios de gasfitería y otras cosas. Puse un aviso en el panel y al hacerlo me di cuenta de que otras personas también habían perdido sus mascotas. ¿Le sirve eso para su investigación?

—Tal vez.

—¿Cómo que tal vez? ¿Qué clase de detective es usted?

—Tengo que consultarlo con Heredia, señora...

—Rosario Mayorga de Pérez. Así me llamo, señor. ¿Va a buscar a Bonifacio?

—Lo pensaré —Roldán no se atrevió a sacar a la anciana de su error.

—No tiene nada que pensar. Además, no crea que le estoy pidiendo un favor. Tengo algunos ahorros y pretendo pagarle.

—Haré algunas averiguaciones, luego la llamaré —Roldán se arrepintió casi de inmediato de sus palabras.

La señora Rosario se puso de pie. Buscó en su bolsa y extrajo de ella un pequeño trozo de papel.

—Le dejo mi número de teléfono y mi dirección.



—Gracias —dijo Roldán.

La anciana se despidió y abandonó la oficina.

Roldán leyó una y otra vez la carta. Por un segundo tuvo la intención de huir y olvidar a la señora Rosario y a su perro. Sin embargo, dobló la carta y la guardó entre las hojas del libro *Sandokan*.

—Estoy metido en un problema —dijo al gato que lo miraba desde un rincón. El felino movió la cola, indiferente a las preocupaciones de Roldán.

Veinte minutos más tarde llegó Heredia. Saludó a su pequeño vecino y observó el título del libro que leía.

—*Sandokan*. Uno de mis libros favoritos.

—¿Te molesta que ocupe tu oficina?

—Te invité a venir, ¿no? —respondió el detective, mientras se sacaba su chaqueta y la dejaba sobre una silla—. Hay días en que todo sale mal. Estoy agotado. He perdido muchas horas tratando de ubicar una camioneta robada.

—Cuando tú no estabas... —comenzó a decir Roldán.

—Nada, no me digas nada. No quiero recados de ningún tipo.

Roldán miró el libro donde había guardado la carta y sintió ganas de llorar. Era tiempo de volver a su casa o de lo contrario tendría que soportar los regaños de su madre. Pero la curiosidad pudo más.

—Heredia, ¿es difícil investigar un secuestro?

—Lo ignoro. Nunca he tenido un caso de secuestro entre mis manos.

—Y si lo tuvieras, ¿qué harías?

—Lo habitual. Aguardar las instrucciones del secuestrador.

—¿Nada más?

—Con un poco de suerte se puede atrapar al responsable. Pero lo principal es rescatar a la víctima.

—¿Has oído hablar de secuestros de mascotas?

—No. Alguna vez investigué el robo de un caballo de carrera. Los ladrones querían evitar que ganara un clásico.

—¿Atrapaste a los culpables?

—Fue fácil. El responsable era el dueño de otro caballo favorito.

—¿Te gustaría investigar el secuestro de un perro?

—No me parece muy atractivo.

—Yo creía que los detectives aceptaban todos los casos.

—Cuando recién instalé la oficina, era así. Después he aprendido a seleccionar.

—¿Te costó mucho ser detective?

—Como en todas las cosas de la vida. Lo importante es el entusiasmo y la curiosidad.

—¿Desde cuándo eres detective?

—He perdido la cuenta de los años.

—¿Tratas con muchos ladrones? —preguntó Roldán, asustado.

—Por favor, basta de preguntas. Me duele la cabeza.

—Disculpa, no quería molestar.

—No me molestas. Pero quiero estar a solas. Necesito pensar en un par de casos. Ven mañana y te respondo lo que quieras. ¿De acuerdo, Campeón?

Un aprendiz en problemas

Capítulo IV

La madre de Roldán lo vio sin apetito frente al succulento bife con papas fritas.

Roldán pensaba en la anciana. Era un aspirante a detective, solo y en aprietos. Tenía que pedir ayuda y para eso, recordó las historias de Sherlock Holmes y decidió buscar un Watson, Pero no era fácil. Toño, su compañero de banco en el colegio, era un acusete y Julio, el hijo de la vecina Betty, era miedoso. Sólo podía confiar en su hermana Mercedes.

Apenas terminó de almorzar, ordenó los cuadernos y cepilló sus dientes. Aprovechando que su madre lavaba ropa, tomó a su hermana de una mano y la llevó hasta un rincón del comedor.

—Necesito contarte un secreto.

Mercedes abrió sus ojos con entusiasmo al escuchar la palabra secreto.

—¿Te comiste las galletas que mamá guarda para las visitas?

—No tengo tiempo para niñerías. Se trata de algo peligroso.

—¿Peligroso? ¿Y también importante?

—Todos los secretos son importantes —sentenció Roldán.

—Nadie me ha contado un secreto importante —dijo Mercedes.

—Promete que no se lo contarás a nadie.

—No puedo prometer si no sé de qué se trata.

—Prométemelo o no te cuento.

—Prometido —balbuceó Mercedes, no muy convencida.

—Entonces nos juntamos mañana, al lado del quiosco del colegio, durante el primer recreo. Aquí y ahora no quiero decir nada más. Las paredes tienen oídos.

—Creo que estás un poco *chiflado* —dijo Mercedes, recordando la palabra que había encontrado en su diccionario el día anterior.

Roldán durmió mal esa noche. Soñó que estaba en un bosque, llamaba a Bonifacio y aparecía un hombre de aspecto terrorífico, rodeado de mastines. El hombre lo perseguía hasta acorralarlo junto a una higuera. En ese momento despertó sobresaltado, y aunque lo tenía prohibido, se fue a dormir a la cama de su madre.



- ¿Qué tienes? —le preguntó cariñosamente su mamá.
Miedo, quiso responder Roldán, pero se mantuvo callado.
—¿Extrañas a tu papá?
—Un poco.
—Pronto llegarán las vacaciones y podrás estar con él.

—¿Tú sientes miedo, mamá?

—¡Cómo todo el mundo!

—No me podía quedar dormido.

—Es por culpa de las películas que ves en la televisión.

—Hoy no vi ninguna, mamá.

—¿Tienes frío?

—¡Mucho! —Roldán se abrazó a su madre para evitar otras preguntas. No era el mejor comienzo para su carrera de investigador privado. Se preguntó si Heredia también sentía miedo.

A la mañana siguiente, Mercedes esperaba a Roldán junto al quiosco de golosinas del colegio. En su mano derecha sostenía una galleta y en la izquierda, una bebida.

—Llegas con tres minutos de retraso —le dijo a modo de saludo.

—¿Desde cuándo tanta puntualidad?

—Desde que alguien prometió contarme un secreto.

—¿Conoces a nuestro vecino, el detective privado?

—No. La mamá dice que tiene cara de enojón y que suele andar metido en cosas raras.

—La mamá no lo conoce.

Roldán le contó toda la historia. Mercedes comenzó a reír y sólo logró ponerse seria cuando su hermano le dijo que la necesitaba de ayudante.

—¡Soy muy joven para morir! —exclamó Mercedes.

—Nadie va a morir. Además, tú eres valiente. No lloras cuando te ponen inyecciones ni cuando vamos al dentista. Y por si fuera poco, me ganas en subir a los árboles.

—¿Imaginas lo que diría la mamá si se entera?

—No tiene por qué enterarse, salvo que tú abras la boca —respondió Roldán. En ese momento sonó el timbre para ingresar a clases.

—Más tarde te respondo —dijo Mercedes en camino hacia su sala.

Durante el segundo recreo, Mercedes aceptó ser su compañera de investigación, siempre y cuando él le regalara un póster de la película Parque Jurásico.

—¡Tramposa! —exclamó Roldán, enojado.

—Si no aceptas, puedo contar tu secreto a la mamá.

—Eso se llama chantaje.

—Lo tomas o lo dejas. Así decía un señor en una película de bandidos.

—Bueno, bueno, trato hecho —refunfuñó Roldán. Desde ahora somos *R* y *M*, los audaces detectives del barrio.

—*M* y *R* suena mejor. ¿No te parece?

—¡Cómo quieras! Al igual que en las multiplicaciones, *el orden de los factores no altera el producto*.

—Bien, niño sabio. ¿Qué tenemos que hacer? ¿Fumar pipa, analizar venenos

extraños y comprar una lupa?

—Lo primero es regresar al lugar de los hechos.

—¿Estás seguro?

—No... Pero por algo hay que empezar.

El supermercado era un recinto amplio y luminoso donde se podía conseguir desde una caja de fósforos hasta un refrigerador. Roldán y Mercedes acompañaban a su madre durante la compra semanal, y se reían cuando hablaba sola sobre el precio de las lechugas o el arroz.

Apenas entraron al supermercado, Roldán debió tirar del brazo a Mercedes ya que ésta propuso recorrer las estanterías donde se exhibían los dulces. A Mercedes le encantaban los chicles y era habitual verla sentada en el patio del colegio, reventando los globos que emergían de su boca.

—Me quiero ir —dijo Mercedes, dispuesta a iniciar un berrinche.

—Aceptaste ser mi ayudante, tienes que cumplir con tu palabra. ¡Vamos! ¿O quieres que todo tu curso sepa que eres una cobarde?

—Bueno, pero que sea *rápido*. Tengo hambre y hoy la mamá prometió cocinar tallarines.

—Sígueme —le ordenó Roldán, ajustando sus lentes sobre la nariz. Se dirigieron hasta el diario mural ubicado a la entrada del establecimiento. El panel exhibía avisos de los clientes sobre arriendo de casas, venta de autos, trabajos de electricidad y un sinfín de cosas más. Descubrieron seis avisos de personas que deseaban recuperar a sus mascotas: *Tuto, Perejil, Amadeo, Calugón, Galleta y Bonifacio*, por el cual la señora Rosario ofrecía una pobre recompensa de tres mil pesos.

—Un poquitín tacaña la señora —comentó Mercedes.

—Tal vez sea todo el dinero que puede dar —respondió Roldán.

—Ya vimos el aviso —agregó Mercedes—. Ahora quiero recorrer el sector de los chocolates, ¿o pretendes hacer algo más?

—No lo sé. Es la primera vez que hago este trabajo. Anotemos los nombres de los dueños y sus teléfonos.

Mercedes sacó de su mochila una libreta y el estuche con forma de zapato, donde guardaba una docena de lápices de distintos colores, siete gomas de borrar, un compás y su calculadora musical. Roldán leyó los datos y Mercedes los escribió, cuidadosamente.

—Roldán, tengo hambre. La mamá debe estar preocupada. Recuerda que hasta llamó a los bomberos el día que pasamos a ver el acuario del restaurante chino.

Roldán no contestó. Estaba observando un anciano que vendía paños de cocina junto a la puerta del supermercado.

—¿Quieres comprar un pañito para tu mamá? —le preguntó el anciano. El tono de su voz era suave y amistoso.

—Busco a mi perro.

—Hace días que no veo perros por aquí. Los guardias los ahuyentan.

—Bonifacio se perdió la semana pasada. Mejor dicho, lo robaron.

—Eso es otra cosa, niño. Pero, tampoco te puedo ayudar. Una semana es mucho tiempo y la memoria ya no me acompaña. A veces unas señoras dejan sus animalitos amarrados cerca de la entrada, pero yo no les presto atención. Pregúntale al guardia. Tal vez él sepa algo sobre tu perro.

El guardia era un hombre alto y con cara de mal genio.

—Mejor vámonos —dijo Mercedes, intimidada por el vigilante—. Capaz que nos pregunte los nombres y llame a la mamá.

Roldán se acercó al vigilante.

—¿Sabe si han devuelto un perro extraviado?

—Ninguno en los últimos días —respondió el guardia, y enseguida, esbozando una sonrisa, agregó—. Ayer devolvimos un mono de circo. Se llamaba Nerón y era algo revoltoso. Durante media hora comió una gran cantidad de manzanas y palomitas de maíz en el supermercado. ¡Un desastre! No hubo modo de capturarlo hasta que llegó una persona del circo.

—Mi perro se llama Bonifacio.

—Ya te dije que no lo he visto —respondió bruscamente el guardia. Roldán agradeció la información y volvió rápidamente junto a su hermana.

—¿Dijo algo?

—Nada.

—Mejor vamos a las estanterías de los chocolates.

Al salir del supermercado Mercedes estaba feliz. Una promotora de nariz respingada le había regalado un paquete de calugas y las iba comiendo con especial entusiasmo.

—Trabajar de detective da hambre —comentó.

—Y no es fácil hacer preguntas —respondió Roldán, algo desilusionado con su primera experiencia como investigador privado.

—¿Crees que en la Escuela de Detectives aceptan mujeres? —preguntó Mercedes.

—La mamá de Andrés Juárez, un compañero de curso, es carabinera. Un día la vimos dirigiendo el tránsito. Estaba en medio de la calle, sobre una tarima.

—No es lo mismo detective que carabinero.

—Se parecen.

—A mí no me gustan los uniformes. Con el de la escuela ya tengo suficiente.

—Aún falta mucho para elegir en qué trabajar.

—¿Dejaran mascar chicles a las carabineras?

Capítulo V

—¡Mama, Roldán está enfermo! No se mueve de la cama —gritó Mercedes, de pie junto a la puerta del dormitorio.

La mamá entró a la pieza. Puso sus manos sobre la frente de Roldán.

—No tienes temperatura —sentenció.

—No estoy enfermo, me siento bien. Sólo estoy muy cansando.

—Si no estás enfermo, entonces debes sentirte culpable de algo —dijo Mercedes, con muchas ganas de molestar a su hermano.

—Te daré una agüita de yerba —propuso la mamá.

—No tengo nada. No quiero nada —protestó Roldán—. ¡Déjenme solo!

—¡Vaya qué carácter! —exclamó Mercedes.

—No molestes, Mercedes. Debe tener algo —agregó la madre y salió de la habitación.

—¿Qué clase de ayudante eres? —preguntó Roldán a su hermana cuando estuvieron solos.



—Los días domingo no trabajo. Además, estoy aburrida de ser *ayudante*. Quiero

ser tu *socia*. Los detectives en las películas siempre tienen un socio. Uno se hace el bueno con el sospechoso, y el otro, el malo. Cuando detengamos a alguien, yo quiero ser la mala.

—Bien, serás mi socia y serás muy mala. Pero ahora déjame, necesito pensar.

—Pensar, pensar y pensar. Eres un detective aburrido —sentenció Mercedes, al tiempo que salía de la habitación.

Roldán estaba inquieto. Pensaba en cómo debía seguir la investigación y en confesarlo todo al detective privado.

La oportunidad se presentó cuando su mamá salió de compras. Mercedes estaba en el living escuchando música. Se vistió de prisa y abandonó el departamento sin que su hermana lo notara.



Heredia estaba revisando un programa de carreras hípicas. Lo recibió con algunas preguntas sobre su rendimiento en la escuela y luego le alcanzó el libro con las aventuras de Sandokan. Roldán no quería leer. Se sentó cerca del escritorio y aparentó entusiasmo por las aventuras del Tigre de la Malasia. Pero, simulaba mal o el detective era muy astuto, porque luego de cinco minutos escuchó la voz de

Heredia.

—¿Te aburre *Sandokan*? Lees una línea y enseguida miras el techo.

—Yo, no... —farfulló Roldán.

—¿Somos o no somos amigos? ¿Malas calificaciones en el colegio?

—Me ha ido bien en el colegio.

—¿Problemas en la casa?

—Extraño a mi padre, él no vive conmigo.

—Sé lo que sientes. Yo nunca conocí al mío.

—¿De verdad? ¿Tampoco a tu mamá?

—Me crié en un orfanato.

—Debió haber sido algo terrible.

—Tenía amigos y un par de profesores que me querían. De pronto uno cree que el mundo está al revés. Pero se aprende a salir adelante.

Roldán quería confesar el motivo de su preocupación, pero en ese mismo instante se oyó la campanilla del teléfono. El detective contestó y, poco a poco, su rostro se fue llenando de asombro. Mirando hacia Roldán dijo un par de cosas, escuchó otras, y cuando dejó el teléfono, hizo una seña a su vecino.

—¿Sabes algo acerca de un perro llamado Bonifacio? Llamó una señora Rosario. Dijo que me había encargado un trabajo y deseaba conocer los avances de la investigación. ¿Qué me dices, Campeón?

—Es algo de lo que quería hablarte.

—¿Sí? Entonces, te escucho.

—Intenté investigar un caso por mi cuenta.

—¿En serio?

—Te aseguro que lo hice por una buena causa.

Capítulo VI

—Roldán tiene razón, debemos preocuparnos de Bonifacio —dijo Heredia a su gato.

—Hice mal, pero estoy arrepentido —Roldán no se atrevía a mirar al detective. Temía que le diera una rabieta, como las de su papá.

—¿Mal? ¿Le damos otra oportunidad? —preguntó Heredia a su gato.

Simenon movió la cola y estiró sus patas, indiferente a la pregunta.

—Al parecer tienes a un aliado —dijo el detective, observando los ágiles movimientos de su mascota.

—Estoy arrepentido de haber aceptado el caso.

—Debiste decírselo a la anciana.

—Quise hacerlo, pero no me dio la oportunidad.

—Y además, metiste a tu hermana en el asunto. ¿Y si le pasa algo? Tratar con delincuentes no es un juego.

—No pensé en eso.

—Si quieres ser detective, te puedo enseñar los trucos del oficio. La anciana cree que la ayudarán a encontrar a su perro.

—Eso quiere decir...

—Debemos encontrar a Bonifacio. Dame los números telefónicos que anotaste en el supermercado.

Roldán buscó en sus pantalones la hoja con los números anotados. La dejó sobre el escritorio. El detective inmediatamente realizó una serie de llamadas. Al rato, parecía feliz del resultado.

—Tenemos una pista. Algo sucede con las mascotas desaparecidas en el barrio.

Hablé con sus dueños. Dos de los perros aparecieron en casas ajenas y fueron devueltos a sus amos. Pero hay uno con el que pasa algo extraño. Su amo, el señor Peragallo, me dio la impresión de estar temeroso. Logré sonsacarle su dirección y me parece conveniente visitarlo.

—¿Ahora? —preguntó Roldán.

—En un rato más. Primero dormiré una siesta. En una de esas, sueño con el nombre del secuestrador.

—¿Y yo? ¿Qué puedo hacer?

—Cuida la oficina y a Simenon. Y si alguien pregunta por mí, dile que viajé a la China.

Roldán vio desaparecer al detective por un pasillo que conducía al dormitorio. Miró a Simenon que descansaba sobre el escritorio.

—¿Siempre es igual? —le preguntó al gato.

Capítulo VII

El detective despertó más animado después de la siesta. Bebió una taza de café y compartió con Roldán cuatro tostadas. Enseguida, tomó su chaqueta y avanzó decidido hacia la salida.

—¡A mover el esqueleto, Campeón! Visitaremos al señor Peragallo. Mi olfato dice que esconde algo.

Peragallo vivía en una casa blanca, rodeada de un muro de ladrillos por el que trepaba una hiedra. Era un hombre de baja estatura. Usaba anteojos de marcos gruesos y un amigado traje azul. Al principio no mostró mayor interés en la visita. Desconfiado, mantuvo la puerta entreabierta, y sólo cuando Heredia le informó que investigaba la desaparición de un perro, los invitó a pasar a su casa.

—Los animales son mi felicidad —dijo mientras entraba una decena de perros juguetones—. Yo los cuido y ellos me quieren.

—Son bonitos —comentó Roldán.

—Dálmatas, collies, labradores, pequineses, chihuahuas y un chow-chow. Son míos desde pequeños.

—¿Alguno de ellos se extravió recientemente? —Heredia parecía no sentir gran simpatía hacia los perros.

—¿Para qué quiere saberlo?

—Conozco a una señora que lamenta la pérdida de su perro. Usted nos puede ayudar a encontrar consuelo para esa dama.

—Yo perdí a Napoleón en el supermercado. Es uno de los pequineses. En verdad, lo creía perdido, pero al segundo día de su ausencia, recibí la llamada telefónica del villano.

—¿Cuál villano? —se impacientó Heredia.

—El secuestrador.

—El asunto empieza a tener sentido —reflexionó el detective mientras caminaban de regreso a la oficina—. Un vivaracho está ganando dinero a costa de las mascotas. Las secuestra y luego cobra rescate por ellas.

—Y nadie lo denuncia por temor a que le hagan daño a los animales —respondió Roldán. Estaba contento al entender las claves ocultas de la investigación.

—Piensas rápido Campeón. El problema es que desconocemos al malhechor.

—Es un problema gordo.

—Gordo y peludo. Pero ya tenemos el hilo para llegar al corazón de la madeja.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Roldán.

—Esperar a que la suerte nos sonría.

—¿Suerte?

—Para tener éxito se requiere una dosis de sudor y otra de suerte. ¿Entiendes?

—La verdad, no mucho...

—Ya entenderás, Campeón —concluyó el detective, palmoteando a Roldán y no dijo nada más hasta llegar a la entrada del edificio—. Regresa a tu casa. No quiero a tu madre enojada conmigo ni que tú descuides los estudios. Un secretario con buenas notas dará más prestigio al negocio.

Transcurrieron varios días sin noticias de la señora Rosario. Tal vez, pensó Roldán, el secuestrador se ha olvidado de ella. Mercedes seguía enojada: no la había incluido en la visita junto al detective y exigió a Roldán que la llevara a conocer al detective y a su gato.

Heredia parecía no tener mucho trabajo. Roldán lo encontraba sentado junto a su escritorio, hojeando diarios deportivos, de cuando aún no existían fotos en colores. En una oportunidad, Heredia le mostró un grueso empaste de revistas del Mundial de Fútbol en que Chile había obtenido el tercer lugar. Roldán siguió leyendo *Sandokan*. A ratos jugaba con Simenon, persiguiéndolo por las piezas del departamento.

Una tarde, a la salida del colegio, Roldán decidió visitar a la señora Rosario. Aunque fue difícil convencerla, Mercedes lo acompañó a cambio de media docena de chicles. Cuando llegaron a su casa, la anciana estaba horneando un pastel. Al preguntarle si tenía noticias de Bonifacio, la señora les mostró un canasto vacío y un plato de plástico con el nombre del perro escrito en uno de sus bordes.

—El secuestrador no ha vuelto a llamar. Me cuesta aceptar que exista gente tan cruel. Extraño a Bonifacio —la anciana secaba sus lágrimas con un pañuelo.

Durante la visita, Roldán supo algunas cosas sobre la vida de la anciana. Era viuda y tenía dos hijos radicados en el sur. Su marido (un señor gordo y de bigotes) aparecía en una foto colgada en el living. Había sido vendedor viajero. Se conocieron en el colegio y luego de quince años de escribirse cartas todas las semanas, se habían casado en la ciudad de San Felipe.



Mientras recordaba viejos tiempos, la señora Rosario sirvió un vaso de bebida con un trozo de pastel a cada niño. Y cuando los dos hermanos se acomodaron junto a la mesa, la mujer se puso unos anteojos y ¡se dio cuenta de la edad de sus visitas!

—¡Pero si ustedes son sólo unos niños! —exclamó alarmada.

—Nuestro jefe Heredia confía en nosotros —alegó Roldán, ofendido.

—Puede ser, puede ser. Pero ¿qué harán para enfrentar al secuestrador?

—De esa parte del trabajo se encarga Heredia —contestó Roldán.

—Cierto, cierto —dijo la señora Rosario.

Mercedes, algo ajena a las preocupaciones de la anciana, tomó dos trozos de pastel. A uno le dio un mordisco y el otro lo guardó en su chaqueta colegial.

Roldán, temiendo las preguntas de la anciana, bebió el refresco deprisa. Agradeció las atenciones a la señora Rosario, tomó a Mercedes de una mano y la obligó a salir de la casa.

—La visita fue muy breve —alegó Mercedes—. ¡Todavía quedaba mucho pastel!

—Tú, sólo piensas en comer.

Roldán no habló hasta que llegaron al edificio. Mercedes entró al departamento, pero, en vez de seguirla, decidió contarle los detalles de la visita a Heredia. El detective lo escuchó con atención y luego lanzó una gran carcajada.

—¿Qué te causa gracia? —preguntó Roldán.

—¡Parece que estás metido en camisa de once varas!

Mercedes participa en la investigación

Capítulo VIII

Mercedes es una niña empeñosa y astuta. Tiene nueve años, le encanta usar poleras negras y coleccionar fotografías de sus artistas favoritos. Cuando su hermano no la incluye en sus actividades, procura por todos los medios descubrir los secretos o motivos de Roldán, aunque ello signifique soportar los retos de su madre o el enojo de su propio hermano.

La curiosidad es su gran característica. Su madre todavía la recuerda gateando detrás de Roldán por los pasillos o intruseando en la cocina. Y esa misma curiosidad la llevó a no esperar que su hermano cumpliera la promesa. Si él había sido capaz de golpear la puerta del vecino, ella no sería menos. Mal que mal, era *socia* y tenía EL DERECHO de estar al tanto de cada paso de la investigación. No lo dudó. Simplemente, tomó su libreta de apuntes y sin vacilar caminó hacia el encuentro con el detective.

—No me digas nada. Tú debes ser Mercedes —dijo Heredia al verla entrar en la oficina.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó ella, un tanto molesta. No había alcanzado a decir el discurso preparado para la ocasión.

—Tu hermano me habló de ti. Dijo que eras bonita e inteligente.

—Ese niño dice grandes verdades —Mercedes imitó la ronca voz de su profesora de inglés.

—¿Qué te trae por aquí?

—Roldán me ha dicho muchas cosas de usted. Yo también quería hacerle algunas preguntas.

—¿Te ha comentado algo sobre los avances de nuestra investigación?

—Roldán nunca me cuenta todo lo que sabe. Eso me da más rabia.

—No debería actuar de ese modo contigo.

—¿De verdad piensa eso?

—¡Palabra de honor! —dijo Heredia, alzando la mano derecha. Mercedes recordó el saludo de las niñas exploradoras de su colegio.

—Usted es diferente a cómo lo imaginaba.

—¿Y cómo pensabas que era?

—Más gordo y gruñón.

—A veces uno se forma ideas erróneas sobre las personas.

—¿No tiene un chicle? —preguntó Mercedes, indiferente al comentario del detective.

—Voy a investigar —murmuró el detective, abriendo uno de los cajones de su escritorio.

Mercedes se paró a su lado. Observó el contenido del cajón: una variedad de

objetos. Lápices, una pata de conejo, estampillas, cortaplumas, dos revistas con historietas del Hombre Araña. El detective sacó una bolsita con media docena de chicles redondos en su interior.

—Todos tuyos. De tarde en tarde a mi también me gusta masticar un chicle.

—¡Gracias! Desconfío de las personas que no mastican chicle —dijo Mercedes. Luego de llevarse dos chicles a la boca, agregó: —La señora Rosario está muy triste. La fuimos a ver con mi hermano.

—Roldán me habló de esa visita. ¿Qué impresión te dio la señora Rosario? ¿Sigue tan apenada por la suerte de su perro?

—La señora está equivocada. El bandido no es uno de los vagos del barrio, como ella piensa. Debe ser alguien bien informado, que conoce a los perros y sabe cuáles son los más valiosos. En la tele vi un programa sobre el comercio de animales exóticos.

—La verdad, no había pensado en eso...

Mercedes sonrió satisfecha. Dio unos pasos alrededor del escritorio y cuando se detuvo, indicó al gato del detective.

—Por ejemplo, ¿alguien daría tres centavos por su gato? Se ve gordo y pulgoso. Debería sacarlo de paseo.

—Pulgoso o no, yo daría todo lo que poseo por tenerlo siempre a mi lado —le respondió el detective, acariciando al gato—. Vivimos juntos desde hace mucho tiempo y nos entendemos bien. La amistad no se valora por las apariencias.

—Usted debe pensar que soy una niña tonta.

—Jamás pensaría eso de ti, Mercedes. Hay cosas que se aprenden con el paso de los años. Y te quedan muchas cosas por vivir.

—No voy a discutir eso con usted.

—Una decisión sensata.

—¿Cómo rescataremos a Bonifacio?

—Tengo varias ideas.

—Me conformo con una —hizo una pausa—. Mi mamá ya se debe haber dado cuenta mi ausencia.

—Esperar. Por ahora sólo eso nos queda.

Capítulo IX

Era lunes cuando la señora Rosario volvió a llamar.

Roldán y el detective estaban jugando ajedrez, mientras oían la transmisión radial de un partido de fútbol. Mercedes jugueteaba con el gato, al que le había traído de regalo un ovillo de lana.



—Tranquila, señora. Si conserva la calma podré entender mejor su relato —el detective indicó a sus ayudantes que prestaran atención. Roldán y Mercedes se aproximaron.

La conversación pareció eterna, pero luego de quince minutos, el detective colgó el teléfono y esbozó una sonrisa tranquilizadora.

—Esa señora tiene una lengua muy larga. No terminaba nunca de hablar.

—¿Qué ocurre? —preguntó Roldán.

—Nos espera un arduo trabajo —dijo el detective.

—¿Noticias del *malvado*? —preguntó Mercedes, con un tono de voz que imitaba a los villanos de los dibujos animados.

—El secuestrador pide cien mil pesos. Quiere que le dejen el dinero en el centro

de llamadas telefónicas, Mañana volverá a llamar.

—¡Es mucho dinero! —exclamó Mercedes.

—La señora Rosario tiene algunos ahorros —reflexionó Roldán—. Está dispuesta a gastarlos para recuperar a Bonifacio.

—Mi plan no considera gastar los ahorros de la anciana.

—¿Entonces, qué haremos?

—¿Les gusta recortar papeles? Necesitamos un sobre lleno de billetes falsos. Vamos a engañar al secuestrador.

—Me da un poco de susto —comentó Mercedes—. Si nos pilla puede hacerle daño al perro.

—Roldán llevará el sobre. Mercedes, tú y yo vigilaremos la entrega. Después, seguimos al secuestrador y rescatamos a Bonifacio. ¿Les parece una buena idea?

—Preferiría quedarme en el departamento —respondió Mercedes.

—¡Tenemos que seguir juntos!

—¡Será divertido! —Roldán animó a su hermana.

—¡Mira quién lo dice! ¡Te mueres de susto cada vez que vas al dentista!

Capítulo X

—¿Cree que resulte? —preguntó Mercedes a Heredia. Estaban en la oficina del detective y sobre el escritorio se encontraba el paquete con los papeles recortados una hora antes.

—Sin duda. Contamos con el factor sorpresa de nuestra parte. Eso nos permitirá seguir al secuestrador y apresarlo.

—Ojalá que la señora Rosario llame pronto —agregó Mercedes—. Si regresamos tarde, mamá sospechará.

Calma y paciencia son dos requisitos indispensables en todo buen detective. ¿Qué tal si leemos un cuento mientras esperamos?

Sin esperar respuesta, el detective sacó un libro de su escritorio y comenzó a leer la historia de un gigante temido por los niños de su pueblo. Cuando el relato llegaba a su fin, sonó el teléfono. Heredia respondió, y luego de un breve diálogo, colgó.

—La lectura se suspende hasta nuevo aviso —dijo el detective—. Vamos al centro de llamadas telefónicas indicado por el secuestrador a la viejita. Las instrucciones son dejar el paquete en la cabina telefónica número nueve.

Los tres subieron al auto del detective. El vehículo avanzó con dificultad entre los demás automóviles. Llegaron al centro de llamadas antes de la hora establecida. Para acortar la espera, el detective invitó a los niños a pasear por una plaza desde la cual se veía la Iglesia de los Sacramentinos y varios quioscos de libros instalados a un costado del templo.

—En uno de esos quioscos trabaja un gran amigo —dijo el detective—. Se llama Daniel y años atrás compitió en varios campeonatos de levantamiento de pesas. Lo apodaban «El Charles Atlas Chileno». ¿Sabes quién era? Un forzudo que impartía clases de gimnasia por correspondencia. La publicidad decía que era capaz de mover una locomotora.

Mercedes miró hacia los quioscos. Roldán casi no podía hablar de los nervios. Deseaba que los minutos corrieran para entregar el sobre con el dinero y atrapar al secuestrador.

—Llegó la hora —ordenó el detective, sacando a Roldán de sus pensamientos—. De acuerdo a las instrucciones del secuestrador, dejás el sobre en la cabina número nueve. Nada más. Mercedes y yo vigilaremos desde el auto. Tal vez el secuestrador se encuentre dentro del centro de llamados. Si ocurre algo extraño, gritas.

—Tengo miedo —dijo Roldán.

Mercedes masticaba un chicle con gran ansiedad.

—No se lo digan a nadie, pero yo también —admitió el detective.

Roldán entró a la oficina y examinó su interior. Una mujer atendía a los clientes y un hombre hablaba dentro de la cabina número nueve. Cuando el hombre la

desocupó, Roldán quiso entrar para dejar el sobre. En ese instante, apareció un carabinero acompañado por una muchacha afligida. Roldán se puso nervioso. El sobre se le cayó de las manos y los falsos billetes se desparramaron por el suelo. Observó de reojo al uniformado y pensó que se acercaría a hacerle algunas preguntas. No se atrevió a recoger los papeles. Salió de la oficina y se puso a correr hasta llegar al auto donde esperaban el detective y su hermana. Heredia escuchó el relato de lo sucedido y enseguida le acarició la cabeza.



—Tranquilo, amigo, no ha pasado nada.

—¿Qué vamos a hacer? Me asusté cuando vi al carabiniere.

—No te preocupes, el secuestrador debe haber pensado lo mismo. Volverá a llamar.

—Podemos volver a la oficina —dijo Mercedes.

—Necesitamos relajarnos después de lo ocurrido, los invito a tomar una bebida.

—¿No estás enojado? —preguntó Roldán.

—Nadie está libre de cometer errores. Lo importante es aprender de ellos y después hacer las cosas bien.

Roldán secó una lágrima que corría por su mejilla. Mercedes se acercó a su lado y le ofreció un chicle de menta.

La investigación se complica

Capítulo XI

Cuatro días después del fallido encuentro con el secuestrador, Roldán y Mercedes pidieron permiso a su mamá para ir a jugar a la plaza del vecindario. Sin embargo, no tenían el propósito de llegar muy lejos. Apenas cerraron la puerta, corrieron hacia la de Heredia. Al tercer golpe, les abrió y los invitó a pasar. Sobre el escritorio había un tablero de ajedrez y a su lado humeaba una taza de té. Roldán estudió las piezas y dedujo que la situación de las negras era bastante incómoda.

—Los estaba extrañando —dijo el detective—. ¿Cómo están los estudios?

—Los míos bien, pero Roldán se sacó un cuatro en música —lo acusó Mercedes.

—¡Sólo confundí un par de preguntas! —se excusó Roldán.

—¡Un cuatro! No da para hacer una fiesta, Roldán.

—Hoy disponemos de varias horas para estar juntos —dijo Mercedes cambiando de tema.

—¡Macanudo! —exclamó Heredia.

—¡Yo quiero jugar al ajedrez! —gritó Roldán.

—Prefiero mirar su colección de postales —replicó Mercedes.

Heredia abrió el cajón principal de su escritorio y sacó de su interior una cinta de vídeo.

—«El Pibe», de Charles Chaplin. Compré esta película pensando en ustedes.

—Mi abuela a veces habla de él.

—Es una cosa antigua, del tiempo en que las películas eran mudas —agregó Mercedes.

—Si no se ríen, los invito a tomar helado.

El desafío sedujo a Mercedes, pero, luego de cinco minutos de la película, fue incapaz de reprimir la primera carcajada, al igual que Roldán. Sin embargo, no lograron verla. Diez minutos antes de su fin escucharon el molesto timbre del teléfono. El detective respondió. Escuchó a la mujer y cuando colgó el aparato, había desaparecido la sonrisa apacible de su rostro.

—Anoche entraron a la casa de nuestra clienta y se llevaron a Marmaduque, el hermano de Bonifacio. La señora Rosario nos espera.

Bonifacio y su hermano eran hijos de Agripina, la perra que había acompañado a la anciana durante muchos años. La señora Rosario esperaba al detective y los niños con el álbum de fotos de los dos perros ausentes. El detective no prestó mayor atención a las imágenes y solicitó a la mujer que le contara lo sucedido.

Poco antes de las seis de la mañana, la señora Rosario escuchó ladrar a Marmaduque. Al salir al patio, el perro no estaba en ninguna parte. En el suelo descubrió una carta. El mensaje era breve y decía:

Me llevo otro perro, Deberá pagar por él. Espere la próxima llamada.

Heredia examinó la carta. No descubrió nada que revelara la identidad del secuestrador. Acompañado de Roldán y Mercedes, revisó el jardín y la casucha del perro. Mercedes se acercó a Heredia y, tirándolo de una manga, lo llevó hasta un rincón del jardín donde habían dos enormes huellas de zapato.

—Se dirigen hacia la casa vecina —apuntó Mercedes.

—No parecen muy frescas —acotó el detective, revisándolas de cerca.

—Las huellas tienen dibujadas las siluetas de unos osos —observó la niña.

—Chica astuta —comentó el detective. Luego, dirigiéndose a la anciana, preguntó:

—¿Alguien la ayuda en el cuidado del jardín?

—Don Fermín, el jardinero. Viene dos veces al mes.

—¿Lo conoce desde hace tiempo?

—Mucho, ya ni lo recuerdo.

—¿Conversa de sus perros con los extraños? —preguntó el detective a la señora Rosario.

—Sólo con mis viejas amigas del barrio.

—Se complica el asunto —sentenció Heredia, mientras Mercedes examinaba los rosales del jardín.

Capítulo XII

Al día siguiente, los hermanos estaban en el patio del colegio aguardando el término del recreo.

—¡Mira! —exclamó Mercedes. Roldán observó un trozo de paño a cuadros, similar al chaquetón de cazador que le había comprado su padre durante las vacaciones. —¿Qué es?



—Un pedazo de género. ¿No lo estás viendo?

—¿Y para qué me lo muestras?

—Lo encontré en el jardín de la señora Rosario, enredado entre las rosas.

—¿Y qué tiene de especial?

—¡Imagina! El ladrón vestía una casaca y, al huir, la enganchó en las plantas.

—Pudo estar ahí antes.

—La tela es nueva. De lo contrario estaría descolorida o sucia.

—No pensarás recorrer Santiago buscando al dueño de una casaca escocesa a la que le falta un pedazo de tela.

—No es necesario recorrer *todo* Santiago. Sólo el vecindario. El secuestrador puede ser un vecino de la señora Rosario. Reconócelo, no es mala la idea.

—Difícil de verificar.

—Nada se pierde con probar.

—¿Y las clases?

—Le diremos al inspector que tenemos una cita con el dentista. No sería la primera vez.

—No me gusta engañar al inspector ni a la mamá.

—Ellos no lo sabrán.

—Igual estaríamos actuando mal.

—¿Quieres ser detective o no?

Mercedes se dirigió hacia la oficina del inspector.

—No va a resultar. ¿Por qué te habré hecho caso? —gimió Roldán una hora más tarde, en la fuente de soda que estaba frente a la casa de la señora Rosario.

—Soy tu hermana, me quieres mucho y mis ideas son buenas.

Mientras esperaban, vieron a dos hombres vestidos con chaquetas de paño escoces. Pero ninguna de las prendas coincidía con el trozo de tela.

Roldán quería abandonar la vigilancia, pero Mercedes le indicó a un nuevo hombre. El extraño vestía una casaca de tela escocesa y llevaba un sombrero alón cubriendo parte de su rostro. Avanzaba con pasos rápidos y vigilaba desconfiadamente un lado y otro de la calle, sin perder ningún detalle. Se detuvo frente a la casa de la señora Rosario y lanzó un objeto sobre la reja. Los hermanos se miraron y sin hablar entre ellos, salieron a la calle.

El hombre daba grandes zancadas. Corrieron tras el extraño y lo siguieron por dos cuadras. Mercedes protestó por el esfuerzo. El extraño dobló en una esquina y cuando los hermanos pensaban imitarlo, se encontraron frente a frente con su madre. —**¿ADÓNDE CREEN QUE VAN?**

El aprendiz de detective sonrió a su madre. Luego, sin decir nada, corrió hacia donde había visto por última vez al extraño. A sus espaldas, su madre lo llamaba, mientras sostenía a Mercedes de una mano para evitar que siguiera sus pasos.



«Las cosas se ponen difíciles», pensó Roldán.

Al poco rato divisó al hombre, pero no pudo ver su rostro ni comprobar si su chaqueta tenía un desgarrón. Estaba cerca. Era cosa de esperar unos segundos para tener una imagen completa del sospechoso. La proximidad lo inquietó. Era imposible llamar a Heredia y encarar a la vez al extraño. Al hombre le bastaría un manotazo para sacarlo del camino. Roldán vacilaba. Cuando lo vio entrar a una farmacia, redujo su velocidad. Esperó un minuto frente a la puerta y luego entró. Su desilusión fue enorme: la farmacia tenía dos puertas de acceso. ¡Había perdido de vista al sospecho!

Ahora tenía que pedir ayuda a Heredia y *además*, inventar una explicación convincente para su madre...

Capítulo XIII

Al entrar supo de inmediato que se acercaba una tormenta: su madre lo esperaba en el living. Por un instante lo ignoró. Mercedes estaba jugando con Rogelio, su viejo oso de peluche. Cuando vio a Roldán le hizo un fugaz gesto para informarle que había guardado silencio. Roldán besó a su madre y se dispuso a ir a su pieza. Pero no llegó muy lejos. La voz airada delató el enojo que ella sentía.

—¿QUÉ HACÍAS EN LA CALLE? ¿POR QUÉ NO ESTABAN EN LA ESCUELA?

—No tuvimos clases.

—No quiero que anden solos por la calle.

—Sólo dimos una vuelta.

—¿Y por qué saliste corriendo?

—Ya te dije, mamá —interrumpió Mercedes—, Roldán tenía que devolver una calculadora a Menares, un compañero de curso que lo estaba esperando.

—¡QUE RESPONDA ROLDÁN! —gritó—. Luego arreglo cuentas contigo.

—Es verdad lo que dice Mercedes.

—Ustedes dos no me engañan. De seguro andaban en algo raro.

—No lo vamos a hacer nunca más —dijo Roldán, con ánimo conciliador.

—Claro que no lo volverán a hacer —agregó la madre—. Los dos están castigados.

Roldán, ante cada mirada de su hermana, hizo un esfuerzo para no sonreír. El castigo favorito de su madre era enviarlo a la pieza, y ese era el lugar donde ellos mejor lo pasaban, junto a sus libros y juguetes.

—Creí que sería peor. Parece que la mamá anda de buen genio —comentó Mercedes apenas llegaron a la pieza de Roldán.

—Pero tenemos que visitar a Heredia.

—¿No sería mejor abandonar el asunto? Llama a Heredia y dale una explicación.

—¿De verdad quieres dejar la investigación?

—No, pero...

—¿Entonces?

—Era sólo una idea, no te enojés.

—Seguiremos con la investigación hasta descubrir al secuestrador, ¿de acuerdo?

—¡De acuerdo! —respondió Mercedes. Los dos hermanos se dieron un abrazo, resueltos a continuar la aventura.

Capítulo XIV

—El hombre lanzó una carta en el antejardín de la señora Rosario —dijo Roldán a su hermana—. Sería interesante saber qué dice.

—Pero ¿cómo nos escapamos del departamento?

—Ya pensaré en algo.

Roldán se recostó a hojear un libro sobre su cama. A los pocos minutos, se puso de pie y corrió hacia el living. Mercedes siguió los pasos de su hermano y lo encontró hablando por teléfono.

—En ocasiones las cosas son más simples. Heredia se pondrá en contacto con la señora Rosario. Cuando tenga novedades nos avisará.

—¿En cuánto tiempo más?

—Quién sabe. Supongo que nuestro amigo tendrá otras cosas que hacer.

—No me gusta esperar. Además, tengo que aprender las tablas de multiplicar. Con los nervios ni siquiera soy capaz de repetir la tabla del uno.

Roldán ayudó a su hermana a memorizar la tabla del doce. Estaba impaciente por ver de nuevo a Heredia, pero nada podía hacer. Su madre estaba conversando con una vecina por teléfono, y desde su posición controlaba toda fuga posible.

Un trabajo en equipo

Capítulo XV

—El señor Heredia quiere conversar contigo, Roldán —dijo la mamá, entrando a la cocina donde los hermanos almorzaban. Mercedes estuvo a punto de brincar de susto, y sólo el guiño cómplice de Roldán le permitió mantener la calma.

—Heredia, ¿no es ese el nombre de nuestro vecino? —agregó la madre, sin ocultar su sorpresa.

—¿Heredia? —se preguntó Roldán, mientras pensaba en la respuesta adecuada para no alentar las sospechas de su madre.

—Heredia es el entrenador del equipo de fútbol del colegio —dijo Mercedes.

—¡Fútbol! ¿Desde cuándo te interesa el fútbol?

Roldán hizo oídos sordos a la pregunta y salió de la cocina a responder la llamada.

—Te has demorado un siglo en contestar. ¿Sucede algo malo, Campeón? —preguntó el detective.

—Mi madre quería saber quién eras tú y Mercedes le dijo que eras el entrenador del equipo de fútbol de mi colegio.

—¡Demonios! No le doy a una pelota ni al tercer bote. En las pichangas del colegio siempre me ponían al arco.

—Igual que a mí —agregó Roldán, feliz de tener algo en común con Heredia.

—Me preocupa tu mamá.

—No tiene para qué saber que tú no eres entrenador...

—¡Bien pensado! Y ahora, a lo nuestro, El secuestrador envió otra carta. Nos culpó a nosotros de la presencia del carabinero en el centro de llamadas. Se molestó y ahora quiere más dinero.

—¿Dónde hay que llevarlo?

—Al parque de diversiones recién instalado en el barrio.

—¿Qué vas a hacer, Heredia?

—¡Qué vamos a hacer! No olvides que somos socios.

—Tengo problemas. Mercedes y yo estamos castigados.

—Déjame hablar con tu mamá. Yo lo arreglo, Campeón.

La madre de Roldán tomó el teléfono y escuchó a Heredia durante varios minutos. Luego, complacida, le sonrió a su hijo.

—El profesor te dará una oportunidad en el equipo de fútbol.

—¡Fantástico!

—¡Date prisa! El entrenamiento empieza en una hora. Busca tus cosas y que Mercedes te acompañe. Nunca está de más tener a alguien conocido en la barra.

—Heredia y tú, futbolistas. ¡Qué barbaridad! —dijo Mercedes, mientras iban al departamento del detective.

- La idea fue tuya.
- ¡Espero no arrepentirme!
- Heredia nos espera. Iremos al parque de juegos.
- ¿Podré subir a la montaña rusa?
- No lo creo, Mercedes.
- ¿Y entonces, qué vamos a hacer en el parque?
- ¡Aún no lo sé!
- ¿Me comprarás galletas?
- ¡Tú no tienes arreglo!

Capítulo XVI

El parque de diversiones estaba en el sitio donde anteriormente había existido un pintoresco almacén de abarrotes. Lo derribaron para construir a futuro un moderno centro comercial. La mayor atracción del parque era el carrusel de caballos blancos, el que compartía el interés de los niños con el tren cuncuna, las sillas voladoras y la pesca milagrosa.

Heredia y los niños recorrieron el lugar. Mercedes compró algodón dulce, mientras Roldán y el detective se disponían a cumplir las instrucciones del secuestrador. Sus órdenes eran simples: Roldán debía ponerse en la fila para subir a las sillas voladoras y ahí sería abordado por el secuestrador o uno de sus secuaces.

Después de recorrer el parque, Heredia dedujo que el delincuente conocía bien el lugar: las sillas voladoras estaban sobre una plataforma de madera visible desde todos sus rincones.

—Es la hora —dijo el detective a Roldán—. Cubriré tus espaldas.

—¿Y si fracaso de nuevo?

—Para cruzar el río es necesario mojarse las patitas.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó Mercedes.

—Para conseguir algo, hay que arriesgarse.

—Para usted es fácil decirlo, está acostumbrado a correr aventuras. En cambio, mi hermano y yo...

—No tenemos tiempo para discusiones. —Interrumpió el detective mientras señalaba los entusiastas ocupantes de las sillas voladoras.

Roldán apretó entre sus manos el sobre con los papeles. Cabizbajo, se acercó a la caseta donde vendían las entradas a los juegos y se puso en la fila, detrás de una niña de trenzas largas. Heredia ordenó a Mercedes permanecer cerca del carrusel y enseguida vigiló los pasos del pequeño detective.

—Quisiera estar en mi casa —dijo Mercedes, temblorosa.

En la fila, detrás de Roldán, se ubicó el hombre de la casaca escocesa. Era alto y fornido. Ocultaba sus ojos tras unas gafas oscuras y lucía un espeso bigote negro. Una gruesa cicatriz cruzaba su rostro. El hombre miró a su alrededor, y fingiendo hacer una pregunta inocente, le habló a Roldán en voz baja.

—¿Traes el encargo de tu abuela?



Roldán entregó el sobre y retrocedió un par de pasos. Tenía miedo de ser agredido por el extraño de aspecto siniestro.

—Si no falta ningún billete, pronto tu abuela recuperará sus perros. Los tontos sólo saben gemir y ensuciar el patio —agregó el secuestrador.

En ese mismo instante, Heredia se acercó al delincuente y lo tomó de los brazos.

Roldán imaginó una lucha desigual, pero se equivocó. El hombre saltó como resorte comprimido y propinó al detective un fuerte codazo en el vientre. Heredia acusó el golpe y soltó su presa. El secuestrador arrojó al suelo el sobre y corrió hacia la salida de los juegos.

—¡Síguelo, síguelo! —gritó Roldán.

—No estoy en condiciones de correr como un maratonista.

—¿Te sientes mal? ¿Te dolió el golpe?

—El golpe es lo de menos. Me duele haber sido tan confiado y torpe.

—¿Y ahora qué?

—Las cosas se pondrán muy feas.

—¿Y los perros?

—Tal vez sea mejor olvidarnos de ellos.

—¿Qué le diremos a la señora Rosario?

—¡La verdad!

—Deseaba otro resultado para la investigación.

—Yo también —dijo Heredia y encogió sus hombros desalentado—. Busquemos a tu hermana y vayamos a la casa de la señora Rosario.

—¿Dónde quedó Mercedes? —preguntó Roldán, mirando a su alrededor.

—La dejé frente al carrusel.

—No la veo —dijo Roldán.

—Debe andar mirando los juegos.

Heredia y Roldán buscaron por todo el parque. Mercedes parecía haber sido tragada por la tierra. Su ausencia aumentó el desconsuelo de Roldán y del detective. Abatidos, se sentaron a los pies de un árbol, sin saber qué decir.

Capítulo XVII

Mientras tanto, Mercedes vivía su propia aventura. Desde su posición junto al carrusel, había visto cómo el secuestrador golpeaba a Heredia y luego abordaba uno de los taxis estacionados frente al parque. Intuyendo que el plan del detective había fracasado, corrió hacia otro de los taxis. Al principio, el conductor dudó en obedecer sus instrucciones, pero después de escuchar la historia de los perros, el hombre aceleró su vehículo y antes de cinco minutos dio alcance al taxi del secuestrador.



—Una niña como tú no puede enfrentar al secuestrador ni yo tengo ganas de terminar machucado —dijo el taxista.

—Quiero saber dónde vive y luego llamaré a mi madre. Ella dará aviso a la policía.

—Buena idea —agregó el conductor, mientras sorteaba un bache de la calle.

La persecución terminó cuando el primer taxi se detuvo frente a una casona de aspecto fantasmal. Mercedes pensó en historias de vampiros y hombres lobos. Anotó la dirección de la casa en su inseparable libreta de apuntes. Después pidió al taxista ser conducida hasta su departamento.

Mercedes despidió al taxista con un sonoro beso en la mejilla y enseguida caminó

hacia la oficina del detective. Su llegada provocó la alegría de Heredia y Roldán.

—Te buscamos por muchas partes, ¿dónde estabas? —le preguntó Heredia.

—Es una larga historia —respondió Mercedes, misteriosa.

—Oiremos lo que tienes que decirnos y después visitaremos a la señora Rosario.

—¡Pobre señora! —exclamó Roldán—. No le esperan buenas noticias.

—Yo no diría eso —dijo Mercedes.

—¿Por qué no? —preguntó Heredia.

—Averigüé algo verdaderamente importante.

—Si es así, te compraré un pastel. ¡Un gran pastel!

—De chocolate y con mucho manjar —dijo Mercedes, mientras se acomodaba en una silla, frente al escritorio metálico del detective.

Capítulo XVIII

El pastel debió esperar, porque apenas el detective escuchó mencionar la casa del secuestrador, se puso de pie e indicó a sus ayudantes que lo siguieran.

—El secuestrador debe estar enojado y con ganas de eliminar a los perros — agregó Heredia mientras salía del ascensor y caminaba hacia su auto.

—Vive en una casa siniestra —comentó Mercedes.

—Sujétate Catalina que vamos a galopar —dijo Heredia cuando estuvieron instalados en su vehículo. El motor protestó unos segundos y luego el auto comenzó a desplazarse a la velocidad de una tortuga.

El cielo lucía enrojecido y en la cuadra donde estaba la casa del secuestrador no se veía ni la sombra de una lagartija. Rodeada por un gran cerco de ladrillos, parecía una fortaleza.

—Procederemos de la siguiente manera —dijo Heredia—. Mercedes golpeará a la puerta y cuando el tipo la abra, irrumpiré en el interior.

—¿Usted no puede hacer eso por mí? —preguntó Mercedes.

—El secuestrador me conoce.

—No me hace ninguna gracia. Cuando se lo cuente a mis amigas del colegio, ninguna me va a creer.

—La vida está llena de héroes anónimos —dijo Heredia, mientras le acariciaba una mejilla.

—¡Deje mi mejilla tranquila! —protestó la niña.

—¡Tocar mejillas da buena suerte! —rió.

Heredia y los niños bajaron del auto. El detective y Mercedes se acercaron a la puerta y Roldán, a cierta distancia, permaneció expectante. El detective golpeó a la puerta una, dos, tres veces. Esperó unos minutos e insistió con sus golpes. Nadie salió a abrir y al cuarto intento, sólo escucharon los ladridos lastimeros de un perro.

—No hay nadie o no quieren abrir. Pensemos en otra estrategia.

—Tal vez pueda pasar por ahí y abrir la puerta —Roldán indicó una ventanilla entreabierta en la que no habían reparado.

—¡Buena idea, Campeón! Yo te ayudo a subir.

El detective tomó en brazos a Roldán y lo impulsó por sobre su cabeza. Roldán introdujo la mitad del cuerpo por la ventanilla.

—¿Qué ves? —preguntó el detective.

—Sillones, mesas. Muebles viejos. Una enorme sala de estar.

—Es muy peligroso. ¡Bájate, Roldán! —susurró Mercedes.

—No me va a pasar nada —contestó Roldán. Se deslizó hacia el interior de la habitación y dejó caer su cuerpo sobre un sillón desvencijado.

Dio algunos pasos por la habitación. La casa estaba en silencio. Se acercó hasta la

puerta y la abrió lentamente. Vio un pasillo que conducía a la entrada de la casa y también un patio pequeño, cubierto por la copa de una higuera frondosa. Escuchó unos ladridos y, al prestar atención vio a los perros, atados al tronco del árbol. Pensó en soltar los animales, pero optó por dirigirse hacia la puerta de calle. Apenas la abrió, vio la sonrisa de Heredia y los ojos asustados de su hermana. Entraron a la casa. El detective se quedó al lado de Roldán. Mercedes fue donde los perros y comenzó a desatarlos.

—Buen trabajo —dijo Heredia a Roldán, en voz baja.

Iba a decir algo más, pero en ese mismo instante, apareció el secuestrador. Llevaba un garrote en su mano derecha. Reconoció a los intrusos y en su rostro se dibujó una feroz expresión de rabia.

—¿Cómo llegaron hasta aquí? —gruñó, mientras desafiaba al detective.

—Una pista conduce a la otra. Venimos a salvar a los perros de la señora Rosario.

—¿Quieres otra golpiza? —amenazó el secuestrador.

—En esta ocasión, el resultado puede ser diferente.

—Mejor, ¡DAME EL DINERO!

—Su negocio se acabó, señor COMO-SE-LLAME. La policía nos pisa los talones y no demorará en aparecer —mintió Heredia para asustarlo—. Es cosa de tener paciencia y esperar algunos minutos.

—Cuando llegue la policía yo estaré lejos de aquí.

—¿Para qué secuestró a los perros? La señora Rosario no le hace daño a nadie —exclamó Mercedes.

—¿Ves esta cicatriz? —el secuestrador mostró su rostro—. *Odio* a los perros desde que uno me mordió. Yo tenía diez años y desde entonces cambió mi vida.

—Su historia no me convence. Lo que usted hace es un delito.

—Al principio recogía perros vagos y los mataba por venganza. Después decidí ganar dinero a costa de los perros y de sus dueños.

—El negocio llegó a su fin.

—Eso está por verse —y alzó el garrote por sobre su cabeza.

Heredia apartó de su lado a Roldán y se aprontó a recibir el ataque.

El garrote cruzó por los aires buscando el cuerpo del detective. Heredia hizo una finta y logró esquivar el primer golpe. Con el segundo, no tuvo la misma suerte: recibió el garrotazo en su hombro izquierdo. El secuestrador iba a continuar la golpiza, pero Roldán se aferró a su cintura y trató de contenerlo. El hombre se lo quitó de encima de un empujón y atacó de nuevo al detective. Heredia dio un paso atrás y tropezó con un grueso felpudo. El secuestrador se dispuso a golpear y cuando alzaba el garrote, repentinamente lo dejó caer al suelo gritando. Los perros, viéndose libres, le habían mordido las piernas. Heredia no dejó pasar la oportunidad y poniéndose de pie se acercó al hombre y lo noqueó con un fuerte golpe en el mentón. Luego buscó las sogas que habían mantenido prisioneros a los perros y ató las manos del secuestrador.



—Es hora de llamar a la policía.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Roldán.

—El ataque de los perros fue oportuno.

—Bonifacio y Marmaduke tienen hambre —dijo Mercedes, rodeada por los animales—. Y yo también.

Heredia y Roldán rieron a carcajadas.

Capítulo XIX

La señora Rosario fue muy generosa al regalarnos un pastel —dijo Mercedes. Tenía las mejillas embadurnadas con merengue y sus ojos miraban con felicidad el enorme *pie* de limón, a medio consumir sobre el escritorio del detective.

—Y también al enviar nuestros honorarios —dijo Heredia, mientras ponía un trozo de *pie* en el platillo de Simenon.

—¿Cuántos años de cárcel le darán al secuestrador? —preguntó Roldán.

—¡No lo sé! Pero se merece una buena condena.

—Ojalá lo tengan a pan y agua durante mucho tiempo —comentó Mercedes mientras se disponía a comer un nuevo trozo de *pie*.

—La señora Rosario estaba feliz —agregó Heredia—. Una de las ventajas de mi oficio es que a veces me permite ayudar a la gente.



—Perseguir maleantes es agotador —acotó Mercedes.

—Tu ayuda en la investigación fue determinante —le dijo Heredia—. Seguir al sospechoso hasta su guarida nos permitió atraparlo con las manos en la masa.

—En los perros, querrás decir.

—Confesó el secuestro de Bonifacio y de otras veinte mascotas más.

—¿Usted cree que lo hice bien? —preguntó Mercedes, interesada.

—Los tres estuvimos espectaculares. Formamos un gran equipo de investigadores. ¿Y tú, qué dices, Roldán?

—Mi mamá preguntó por la prueba para integrar el equipo de fútbol. No supe qué responderle.

—Le diré que has sido designado ayudante del entrenador.

—¿De verdad harías eso por mí?

—¡Pero claro, Campeón! Y así podrás ayudarme en otros casos.

—Con el rescate de los perros es suficiente por un buen tiempo, ¿o no?

—¡Nunca se sabe! —exclamó Heredia, risueño—. Muchas veces he pensado en retirarme y al final, sigo en lo mismo.

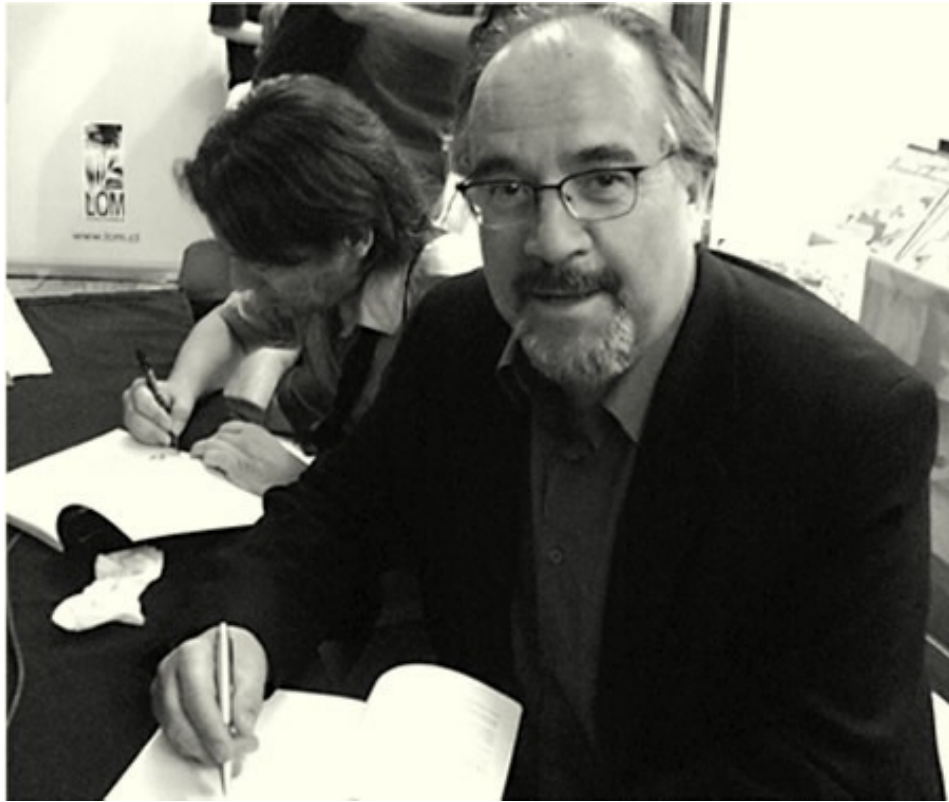
—Si es así, quiero aprender a ser un buen detective.

—¿Y tú? ¿Qué dices, Mercedes? ¿Vas a renunciar? —preguntó Heredia.

—Si los clientes pagan con pasteles, podrán seguir contando con mi ayuda.

Roldán y el detective sonrieron. Luego, guardaron silencio al escuchar unos golpes en la puerta de la oficina.

—Abran la puerta, socios —ordenó el detective a Roldán y a Mercedes—. Intuyo que otro caso llega a nuestras vidas.



RAMÓN DÍAZ ETEROVIC (Punta Arenas, 1956) tiene tres hijos, Valentina, Alonso y Ángeles, y está casado con la escritora Sonia González Valdenegro. Ha publicado varios libros para adultos y dos veces ganó el Premio Municipal de Literatura. Su personaje Heredia, el detective privado que ha protagonizado nueve novelas, ayudará a dos pequeños vecinos en un caso de secuestro.